



SIC

Revista de orientación católica

Seminario Interdiocesano Caracas.
Apartado 413

Año 3 — Número 26 — Tomo 3 — Junio de 1940

El Neopaganismo y la dureza de corazón

El día 15 de Mayo, hablando el Papa a unos peregrinos, les dijo estas palabras de profunda y severísima intención:

“El mundo, en estos momentos, sufre amenazas y muere en forma violenta, porque son demasiados los hombres faltos de corazón. Estas palabras, pronunciadas por San Pedro en su época, las dirijo a los nuevos paganos, idólatras del oro, el placer y el orgullo. El corazón y el valor deben servir a la justicia y el derecho y deben tener piedad de los débiles”.

El Papa delata en estas palabras un hecho terrible. El mundo muere en forma violenta: estamos asistiendo a la guerra más pavorosa de todas las edades. Porque hay muchos hombres faltos de corazón; hombres para quienes todos los medios son justos, para quienes la desgracia, la miseria, el dolor de los demás hombres no tiene valor; hombres “duros de corazón”. Y para reprochar esa conducta el Papa evoca una expresión de San Pedro. Lo que el pescador decía de los paganos de su tiempo, Pío XII lo dice a los paganos de nuestros días.

Muchas veces hemos repetido en las páginas de SIC que el mundo culto occidental está retrocediendo al paganismo; consecuencia lógica de los inconstantes y deletéreos sistemas filosóficos, que vienen sucediéndose en la moda de las gentes cultas desde la era del Renacimiento. Diversas formas de ese paganismo moderno son: el laicismo, el materialismo histórico, el comunismo y el racismo. Andrés Eloy Blanco nos dirá de algunos de ellos —en sus ditirambos líricos de la Cámara de Diputados— que constituyen “las más bellas conquistas del espíritu humano”.

En realidad son la plaga más temible de la humanidad.

El alma pagana es cruel. Fué la levadura del Cristianismo la que dulcificó las costumbres de las naciones bárbaras; y en el fondo de toda cultura moderna, aun de la cultura que quiere huir de Cristo, hay una base de humanismo cristiano. La filantropía, la beneficencia pública, la caballería del hombre culto occidental, aun del que se profesa militantemente ateo, tiene su raíz íntima en la herencia de la fraternidad cristiana.

El paganismo es cruel. Lo es porque profesa la filosofía esterilizadora del materialismo.

Por eso el comunismo, que es pagano, que es esencialmente materialista, no reconoce el alma, ni los afectos y emociones que la agitan y vibran. ¿No es tal vez doctrina del partido aquel grito de uno de sus corifeos, Lunacarski: "¡Abajo el amor al prójimo! Hay que hacerse duro, impenetrable a los sentimientos, hay que blindar el corazón de acero?"

Por eso el racismo, que es pagano, que es materialista, expresaba por boca de Hitler a sus propagandistas de Danzig: "Debemos ser crueles. Debemos serlo con una conciencia tranquila. Así solamente lograremos extirpar de nuestro pueblo la blanda indulgencia y la sentimentalidad del pequeño burgués; así solamente destruiremos en él la "Gemütlichkeit" y la beatitud que nace del fondo de los vasos de cerveza. El tiempo de los bellos sentimientos ya pasó. Tenemos el deber de costreñir nuestro pueblo a las grandes acciones, si queremos que cumpla su misión histórica".

Así hemos visto en nuestros tiempos sistemas penitenciarios, donde se ha encarado al adversario político y no contento con privarle de la libertad y de la vida, se ha puesto la inteligencia al servicio de la crueldad y se ha hecho gustar a la víctima el dolor en las formas más variadas y exquisitas.

Ha estallado la guerra. Esta, tal vez más que ninguna otra, es hija del odio. El espíritu caballeresco de otras épocas ha desaparecido. Ni siquiera las leyes y convenciones humanitarias se han salvado.

El paganismo primitivo era materialista y por lo tanto cruel.

El neopaganismo de nuestros días es materialista. No puede menos de ser cruel.

Y ¿de dónde ha brotado esa generación de hombres faltos de corazón? — De la escuela. Esos hombres saben leer; esos hombres conocen las matemáticas, la física, la química. ¡Ojalá no las conocieran! Porque la ciencia es una arma fatal, al servicio de la injusticia y de las pasiones desenfrenadas. En la educación de esos hombres ha habido una falla moral; se ha abandonado el corazón al influjo de las bajas pasiones y unos vienen gritando: "¡Abajo el amor al prójimo! y otros vienen pisoteando toda justicia y derecho: "¡Nuestro derecho es la fuerza!"

Mientras no moralicemos la escuela, estamos al borde del abismo. No habrá justicia, ni habrá caridad. Moralicemos la escuela, porque cuando Dios está ausente de ella, sobre nuestras cabezas truena aquella amenaza de Martí, que tiene un cumplimiento perfecto: "¡Ay de los pueblos sin Dios!"

¡Ay de los pueblos sin Dios! Así estaba Europa. Sembraron vientos, y cosechan tempestades. Sembraron paganismo, laicismo, materialismo, y recogen "dureza de corazón".

¡Que grave lección para los hombres tímidos de nuestras Cámaras, para los hombres encallados en la mentalidad del siglo XIX, que se ruborizan de firmar una enmienda amplia y generosa al artículo veinte sobre la instrucción religiosa, que viene reclamando hace años, con indiscutible justicia, la mayoría venezolana.